

Fin de un insomnio

Jesús Alejandro Andonaegui Gaspar

Image not found.

Capítulo 1

Era la segunda noche, llevaba días sin poder dormir bien y en mis ojos se formaban notablemente lúgubres ojeras, reflejo del cansancio y el estrés físico. Mis pensamientos daban vueltas dentro de mi cabeza y el "Clic-Clac" del reloj perseguía mi somnolencia, la noche oprimía fuertemente mi pecho, como si en la obscuridad existiese una fuerte carga energética, era fría y pesada aquella sensación que me palpaba. Desperté por la mañana, un tanto cansado y aturdido por el insomnio, prepare la cafetera y me metí a bañar. Ya listo y un poco somnoliento me dirigí hacia mi trabajo, era intendente en un hospital y me encargaba de mantener limpia aquella "morada de la muerte" y digo la morada de la muerte porque es el lugar preferido de está, coqueteando con los pacientes besa la frente de aquellos en agonía y acaricia delicadamente sus mejillas, si observas con detenimiento veras como se excitan y se retuercen y lloran por aquel placer sadomasoquista que les provoca aquellas muestras de verdadero afecto, pero ellos no lo saben.

La atmosfera que se respira en un hospital es densa, con tanta gente sufriendo no es muy difícil contagiarte de su padecimiento, el calvario que sufren aquellas personas se queda impregnado en las habitaciones, en los pasillos, en las camas, en los baños, en las almohadas, en las cortinas y sobre todo en los ojos de los que miran los peores casos de personas enfermas ya en fase terminal, obligadas en muchas ocasiones a despedir a este mundo, esas esencias son las peores, esos sufrimientos son de los olores más fétidos y penetrantes (hablando de una manera metafísicamente, porque el alma también huele) que un ser que sea humano pueda soportar. Poco malhumorado a consecuencia de la falta de descanso me decidí a tomar el trapeador y a hacer mi labor diaria, mientras limpiaba el pasillo principal escuche mi nombre;

- ¡Fausto! - Se escuchó al final del pasillo.

- ¡Fausto! ¡Fausto! Necesito que vengas a limpiar urgentemente la habitación número Veintitrés, el paciente ah vomitado nuevamente el suelo.

Irritado por aquella labor encomendada, me dirigí con mi carrito de limpieza a aquella habitación, ya podía imaginar la porquería que esperaba un tanto burlona a que llegara a limpiarla.

- ¿iPero que rayos ha ocurrido aquí!?- Dije.

-Lo sé, el olor es insoportable, el paciente al momento de levantarse para ir al baño, tuvo una fuerte contracción en el estómago y ve aquí.-

-¿Pero hasta la cama?-Tropezó con el mingitorio y se fue de bruces a la camilla continua.- Dijo la enfermera.

- Como sea, me encargare de esto.-Dije un poco molesto.

Había terminado de limpiar el suelo e iba a retirar las sábanas manchadas por aquella asquerosa secreción, mientras lo hacía mi cabeza estaba distraída en otras cosas. En parte me gustaba mi trabajo, me aburría tanto que siempre estaba pensando en cosas extrañas y hasta un poco criminalísticas para cualquier persona ordinaria pero es no era mi caso; que sí desconectaba las válvulas de oxígeno de los pacientes y hacer menos doloroso su letargo, que si el cardioscopio al momento de hacer aquel bip largo era una manera de saber que aquella dama esquelética se encontraba invisible medio de la habitación cortando aquel hilo de plata que une nuestros cuerpos y almas, guardando esta última en el relicario en forma de corazón que no cuelga de su cuello sino que atesora bajo su tórax, justo del lado izquierdo. Cosas bizarras inundaban mi mente mientras movía la mopa de izquierda a derecha, pero sentía gran simpatía y mi imaginación volaba al imaginar lo que los pacientes experimentan en su último hálito de vida.

Pero el cansancio, maldito cansancio, me preguntaba qué demonios le pasaba a mi cuerpo, ¿Porque si me sentía tan cansado no era capaz de conciliar el sueño? A veces creía que los pacientes robaban poco de mi vida cuando me paseaba por las puertas de sus habitaciones, como si aquellas puertas fueran vórtices chupa-almas que se estaban devorando poco a poco pero constante la mía, pavadas.

Con el cuerpo hecho pedazos regrese a mi casa, ya agotado más de lo normal tome una ducha mientras escuchaba una canción en el viejo radio que estaba por encima de el deposito del retrete, tarareaba aquella canción que sonaba de Led Zeppelin; "No quarter" mientras el agua tibia mojaba mi piel ya enjabonada.

Otra vez era de noche y ya estaba en mi habitación, notaba aquella gélida sensación más intensa de lo normal, mientras volvía a dar vueltas en mi cama llegue al punto de quedarme horizontalmente inmóvil al borde de la cama y mi vista quedo fija en el centro de la habitación, una sensación de hormigueo entro por la punta de mis pies y fue avanzando hasta llenar todo mi cuerpo, pero mis ojos seguían aun abiertos, imaginaba como en medio del suelo emanaba un torbellino de cuervos y una figura con túnica casi humanoide salía de el, acercándose a mi sentía como mis pulsaciones cardiacas se volvían más intensas y frecuentaban cada vez más con cada paso que daba, acercándose a mi flexiono las rodillas y descubrió su rostro, clavo penetrante su mirada en mis pupilas y pude ver el rostro de mi madre, acariciando mis mejillas con sus suaves manos y luego me dio un beso, un

beso frío acompañada de esa sensación de caer al vacío.
Inmediatamente sentí un alivio.